



SOBREAVISO

**René
Delgado**Opine usted:
sobreaviso12@gmail.com

@Sobreaviso0



Democracia sin partidos

El 23 de julio pasado se publicó el *Sobreaviso*: “Democracia, ¿sin partidos?”. La diferencia entre aquella y esta columna radica, obviamente, en que el título ya se puede sostener como afirmación, sin duda ni signos de interrogación.

Durante los meses transcurridos se agravó la descomposición del régimen de partidos. En tal virtud, las coaliciones en y fuera del poder se reanimaron, pero no como suma de fuerzas, sino de debilidades. No reflejan una acción de vanguardia sino de retaguardia, porque los partidos están hechos añicos y cada uno tiene dueño, cuando no gerente o capitán de empresa.

Ese par de alianzas no revelan gran, sino nula imaginación. Se integraron bajo una idea pobre: juntarse sin unirse en defensa de dogmas, posiciones, intereses, prerrogativas o privilegios, arrumbando los principios en el arcón de los recuerdos. Una responde al propósito de mantenerse en el poder, aumentándolo y ejerciéndolo sin cortapisas ni contrapesos; otra, al instinto de sobrevivencia, la conservación del subsidio y la práctica sin rubor del no poder.

En esa lógica, cierto, la democracia está en peligro, pero no —como necean los analistas ilustrados en los libros de texto— por la acción de un solo hombre, sino por la inacción y la indolencia de muchas personas, así como la ambición lisa y llana de otras.

• • •

Sólo la pérdida de la razón y sensatez explica la celebración de los dirigentes de la alianza opositora del desastroso resultado obtenido en las elecciones de gobernadores de este y el año pasado, como también la simbiosis del panista Marko Cortés y el priista Alejandro Moreno. En calidad de compañeros de viaje, aplauden a rabiar a la orquesta del Titanic, antes que concluya su última interpretación.

Ese dúo —hablar de un trío considerando al perredista Jesús Zambrano, exige contar mal un pésimo chiste— enarbola una consigna: “de derrota en derrota hasta el fracaso total” y toma decisiones temerarias. La más reciente, declarar una moratoria constitucional en el Congreso sin consultar a sus legisladores y sin advertir que la brillante determinación es tanto como cerrar uno de los pocos salones donde su voz resuena a gritos, pero resuena.

Eso, sin hablar de la destreza aritmética con la que el dúo suma los votos de su bajo rendimiento electoral y jura estar en condición de ir por la Presidencia de la República. Poco le importa carecer de una propuesta o perfilar algún precandidato con carisma y posibilidad. Esa pareja no reflexiona, declama. Y, lo que sea de cada quien, recita rebién la tabla de multiplicar del dos y del tres, al tiempo que asegura resolver quebrados

En esa lógica, el dinámico par no ve por qué consultar con los suyos planes, proyectos o estrategias, y mucho menos dejar la sala de juntas o la oficina para salir a la calle a ver qué dice la gente. ¿Para qué? Quizá, a solas y frente al espejo, cada uno asume no tener idea, pero festeja controlar el padrón de militantes, el comité ejecutivo, el consejo político y, desde luego, administrar las prerrogativas. Qué más se puede pedir, cuando no se puede más.

¿En verdad, Marko Cortés no intuye que su compañero de fórmula Alejandro Moreno, es el opositor ideal que todo poderoso quisiera tener? Vocifera y patalea, pero es inofensivo porque su pasado y su presente lo condenan. Por eso, entre bromas y veras, el gerente de Morena, Mario Delgado, considera que Alito debe seguir al frente del tricolor. “Ha ayudado mucho —se burla— al crecimiento de nuestro movimiento, en ese gran dúo dinámico que ha formado con Marko Cortés”.

Si no por sensatez, por mera curiosidad, Cortés debería escuchar a los cuadros de su partido que advierten del precipicio al que se asoma y lleva al albiazul.

• • •

Y qué decir de la alianza que Morena encabeza con los verdes y los trabajadores que no son lo uno ni lo otro, pero se



acomodan donde sea, cobran en especie o presupuesto y, como detalle, llevan recados sin pedir propina.

Con un cúmulo de poder inaudito, Morena prefiere ir mal acompañado que solo y sigue sumando a partidos y personajes dignos de aparecer en el diccionario de la corrupción y, en algunos casos, del crimen. Allá en Toluca, ver tras los nominados a ocupar Palacio Nacional a los gobernadores Cuauhtémoc Blanco y Ricardo Gallardo, así como a una cuerda de priistas dignos de competir por el distrito de Almoloya en vez de ocupar una gubernatura, un escaño o una curul, revuelve la conciencia y la memoria. Tales aliados, socios y cómplices hacen pensar que los morenos ha pasado del pragmatismo sin medida, al cinismo sin vergüenza, diciendo abominar la politiquería.

De súbito, el Señor –al que invoca con fervor Adán Augusto López– ha salvado y convertido a esos candidatos a reo en arcángeles de la transformación, pero no ha logrado darle institucionalidad, organización, cohesión y civilidad al movimiento que usó como vehículo para llegar adonde quería. No ha conseguido

eso como tampoco revestir de autenticidad y legitimidad el juego sucesorio, donde él dice quiénes, cómo y a qué horas deben de participar, sujetándose al resultado de la encuesta que, de seguro, se levantará solo en Palacio Nacional, advirtiendo desde luego que él no interviene ni intervendrá. La luz del Señor oscurece a sus iluminados.

El poder fascina a Morena y, su atracción irresistible, le impide ejercerlo sin los vicios que tanto han costado al país y, sobra decirlo, así no se hace historia, se repite.

• • •

Sí, el sistema está a punto de generar varios milagros: una democracia sin partidos, unos partidos partidos, una alianza de debilidades, unas elecciones de pronóstico reservado. El único problema es que los milagros, en política, por general son simples errores.

Con los partidos en crisis, las coaliciones
suman debilidades, no fuerzas.
La democracia peligra, pero no por la acción
de una persona, sino por la inacción
de muchas otras.